

juguémonos por la solidaridad activa¹

Alberto Rezzónico²

La evocación de las circunstancias históricas que rodearon la institucionalización, por parte de la Alianza Cooperativa Internacional, de un día dedicado a la divulgación de la doctrina y la práctica cooperativa, nos permite apreciar algunos aspectos que surgen como resultado de la propia experiencia de nuestras entidades, fundadas en el esfuerzo propio y la ayuda mutua de los más amplios sectores sociales en todo el mundo.

Esos aspectos son:

- a) el compromiso del cooperativismo con los ámbitos en los que desarrolla su actividad, tanto local como nacional, derivado de su naturaleza servicial y no lucrativa.
- b) la solidaridad extendida más allá de las fronteras nacionales, como consecuencia de su vocación humanista sustentada en valores ampliamente compartidos antes que en intereses de sector, sean éstos económicos o políticos.
- c) la naturaleza democrática de su ideario y de su práctica, y como corolario de ella, la incompatibilidad visceral de estas últimas con los regímenes autoritarios y totalitarios.
- d) su defensa de la paz mundial basada en un desarrollo económico armónico y equilibrado entre los distintos sectores e intereses que conforman la sociedad.

Trataré de ejemplificar estas afirmaciones.

Como ustedes conocen, la institucionalización del Día Internacional de la Cooperación data del año 1922, aunque no resulta difícil encontrar sus raíces

(1) Intervención realizada en el acto del IMFC por el 86 Día Internacional de la Cooperación, que tuvo lugar el martes 15 de julio, en el Centro Cultural de la Cooperación Floreal Gorini.
(2) Presidente del Instituto de la Cooperación, Fundación de Educación, Investigación y Asistencia Técnica – IDELCOOP.

en las más antiguas y primeras experiencias de vinculación internacional del movimiento. Más precisamente, es consecuencia directa del Congreso de Basilea, Suiza, celebrado en el año 1921, que fue el primero realizado por la Alianza luego de finalizada la Primera Guerra Mundial (1914-1918), denominada en su momento “la Gran Guerra”.

La experiencia cooperativa, nacida del esfuerzo de pensadores y realizadores interpelados moral y políticamente por la desarticulación de la organización social provocada por el maquinismo y su secuela de miseria, padeció intensamente la conmoción de una guerra a escala global que puso en juego la continuidad de los lazos internacionales pacientemente tejidos durante los primeros años de su desarrollo. Los movimientos cooperativos nacionales debieron atender la situación de sus respectivos países y, al mismo tiempo, preservar en la medida de lo posible aquellos lazos internacionales, todo lo cual derivó en una nueva forma de mirar la relación de las cooperativas con los poderes públicos y la política, y en la toma de conciencia de que, tanto en los países beligerantes como en los neutrales, las exigencias económicas que siguieron a la guerra obligarían a los gobiernos, como a los pueblos, a reconocer los valores y las ventajas del movimiento cooperativo. Esa expectativa esperanzada no se vio, sin embargo, coronada por los hechos.

El compromiso de los cooperadores con sus propios países encuentra un ejemplo notable en Francia, en la forma en que las cooperativas de consumo acudieron en ayuda del gobierno cuando resolvieron importar carne congelada para mantener el vigor físico de la población obrera y particularmente de los trabajadores de las fábricas de armamentos. Los carniceros independientes, que habían recogido grandes beneficios con el comercio interno del producto, se negaron a venderlo congelado. Fue entonces que los cooperadores de París,, después de una visita a Inglaterra para aprender como la CWS y las cooperativas de consumo aseguraban esta venta, crearon una organización colectiva para la distribución al menudeo de la carne congelada en los mercados de la capital y abrir restaurantes utilizando la carne congelada para asegurar la alimentación a precios relativamente bajos. Innumerables cantinas obreras utilizaron el tipo cooperativo de gestión, estimulados en eso por Albert Thomas, ministro de armamentos.

Que este ilustre educador y hombre público, a la vez, reconocido dirigente cooperativista, haya colaborado con su país en circunstancias tan aciagas, no significa que su patriotismo obnubilara su comprensión de las causas profundas de la conflagración, como lo demuestra el informe que tuvo ocasión de presentar más tarde en el mismo Congreso de Basilea, en el que sostuvo

que las causas de la guerra eran esencialmente, sino totalmente, de orden económico. La guerra sería consecuencia de las rivalidades existentes en la explotación de los mercados y de las fuentes de materias primas, el empeño en la búsqueda de beneficios y de inversiones lucrativas, de apoyo fiscal y legislativo dados por los gobiernos a los intereses económicos de sus conacionales. En las luchas por el poder económico, y tanto frente a los métodos de la competencia capitalista como de los monopolios, el movimiento cooperativo ha logrado desarrollar su propio sistema: satisfacer las necesidades de los consumidores sobre la base de la correlación de la producción con la distribución y el consumo. Sus propuestas para echar las bases de una política general no resultaron compartidas por otros cooperativistas presentes en el Congreso, como lo fue, en general, su diagnóstico. La Oficina Internacional del Trabajo, establecida por el Tratado de Versalles en 1919 contó a Albert Thomas como su primer director. Al establecer su secretariado en Ginebra, como el novel organismo internacional aseguraba la representación de los gobiernos y de las corporaciones representativas de empresarios y trabajadores pero no de otras formas de organización social y económica, introdujo una sección técnica para ocuparse especialmente de cuestiones cooperativas. Para dirigir esta sección nombró al Dr. Georges Fauquet, que fue uno de los representantes de Francia en el comité central de la ACI a partir de 1921. Desde ese momento y hasta nuestros días, la actual OIT desarrolla un papel relevante en la promoción del sistema cooperativo.

Al mismo tiempo que se verificaba el compromiso del cooperativismo con los ámbitos nacionales, derivado, como se ha dicho de su naturaleza servicial, se intentaba, por todos los medios posibles, evitar el aislamiento impuesto por la guerra y continuar intercambiando información entre los movimientos cooperativistas de los diferentes países. Las páginas del Boletín Cooperativo Internacional –única publicación mantenida durante el conflicto- ofrecen numerosas pruebas de que la guerra no dificultó siempre los progresos de la cooperación, ni aún en los países beligerantes y los países neutrales cuyas actividades industriales y comerciales fueron las más directamente dañadas por las operaciones militares, el bloqueo y la interrupción del intercambio y de las comunicaciones corrientes. El volumen de las transacciones cooperativas naturalmente disminuyeron, pero la importancia del papel de las cooperativas en la economía de guerra y su prestigio resultaron realzados en todas partes donde ellas se mantuvieron fieles a sus principios y allí donde prestaron servicios manifiestos al interés general al mismo tiempo que al de sus adherentes. En un informe sobre los trabajos de la Alianza publicado en el Boletín, el Ejecutivo sostenía que podía a justo título sostener que habían mantenido, mucho mejor de lo

que podían esperar, las comunicaciones con la mayor parte de los países y continuaba recibiendo regularmente los órganos oficiales de las federaciones nacionales. Antes aún de la finalización de la guerra comenzaron a realizarse en Francia las conferencias cooperativas interaliadas a las que por mantener su condición neutral no asistieron representantes de la ACI, pero constituyeron hitos importantes en el difícil camino hacia la reconstrucción de la actividad formal de esta última.

La consideración oficial no corrió, en muchos casos, pareja con los esfuerzos desplegados y el rol desempeñado por los cooperativistas en sus respectivos países. Las quejas del movimiento británico de cooperativas de consumo contra el gobierno –que las había hecho pagar caro los servicios y que positivamente había aplicado un tratamiento injusto a las cooperativas en materia de mano de obra, de racionamiento y de impuestos- estuvieron en primera línea en el Congreso de Swansea en 1917, donde se resolvió, aunque no por unanimidad, que el movimiento debía tratar de llevar al Parlamento a sus propios representantes. Como Secretario Parlamentario de la Unión Cooperativa Británica, Henry May –designado Secretario General de la ACI por el Congreso de Glasgow de 1913- fue sin duda alguna el que estuvo más duro en la lucha. Fue el primer cooperador designado oficialmente como candidato al Parlamento, aunque no resultó elegido entonces, ni tampoco en la elección general que siguió inmediatamente al armisticio

Por otra parte, la situación generada por la revolución de Octubre de 1917, el tratado de Brest-Litovsk, la eclosión de la guerra civil en diferentes regiones del que había sido el imperio de los zares, el apoyo militar de los aliados occidentales a los ejércitos que se proponían derrotar al gobierno soviético y la imposición del bloqueo, constituyeron obstáculos formidables para reemprender un contacto útil con el movimiento cooperativo de Rusia. Esa situación comenzó a cambiar a partir de 1920, cuando el consejo supremo de los aliados en París resolvió autorizar el intercambio de mercaderías sobre la base de reciprocidad entre el pueblo ruso y los países aliados y neutrales, para lo cual decidió otorgar facilidades a las organizaciones cooperativas rusas que estaban en relación directa con los agricultores, para que ellas organizaran la importación de ropa, medicamentos, enseres agrícolas, máquinas y otros bienes de primera necesidad cuya penuria era sentida por el pueblo ruso, a cambio de cereales, lino, etc. cuya producción era excedentaria en Rusia. Esto se aproximaba mucho a la ocasión que los cooperadores buscaban entonces para demostrar que la cooperación podía trabajar útilmente en aquellas condiciones en que los métodos comerciales ordinarios resultaban imposibles o inútiles.

El congreso de Basilea debió expedirse sobre la admisión de la nueva representación cooperativa soviética en la Alianza, en reemplazo de la anterior, circunstancia sobre la que no estaban de acuerdo el ejecutivo y el consejo, lo que se resolvió por la afirmativa. La cuestión relacionada con la real independencia del movimiento cooperativo soviético frente al Estado, en cuya actividad participaba activamente, permitió avanzar en el esclarecimiento de las distintas formas de relacionamiento de las cooperativas con el poder político, dependiendo de la naturaleza de este último. El informe que la delegación de la ACI a Rusia sobre la posición del movimiento cooperativo en ese país, presentado al comité central reunido en la ciudad de Milán consignaba, en efecto, “que una completa transformación interior del Movimiento está en trance de cumplirse hacia la uniformidad de los principios con el movimiento cooperativo de los otros países. Que no hay razón alguna para discutir las relaciones de la cooperación rusa con la ACI en la que nosotros estamos convencidos que tiene títulos para todos los derechos y prerrogativas correspondientes a todos los miembros”.

A partir de 1921, se registraron actos de violencia sistemática, ultrajes y destrucciones que afectaron al movimiento cooperativo italiano, que obligaron a la Liga de Cooperativas de Italia a lanzar un llamado de ayuda ante la Alianza. El Congreso de Basilea había protestado enérgicamente contra las brutalidades y los destrozos que las bandas fascistas cometían contra millares de cooperativas y sus realizaciones, y las gestiones y visitas que se realizaron a fin de morigerar esa situación no tuvieron el eco esperado. De las 8.000 entidades afiliadas a la lega en 1921, cerca de la mitad había desaparecido hacia 1924 y un año más tarde sólo quedaban 1.000.

Otra amenaza para la unidad de la Alianza se presentó con la ocupación militar de la cuenca del Ruhr, en una tentativa para obtener un pago más puntual por los daños de la guerra, sobre todo bajo la forma de entrega de carbón por parte de Alemania. La llegada de las tropas había provocado incidentes alarmantes provocados, con frecuencia, por la ignorancia de los oficiales de lo que era una cooperativa y sus funciones. La ACI tomó contacto con los gobiernos para lograr que cesaran las injusticias allí donde se habían cometido.

En ese intrincado escenario –que no refleja, por supuesto, la totalidad de los conflictos- el Congreso aprobó por unanimidad una resolución sobre la paz, leída por Charles Gide, en la que se refleja el profundo idealismo que inspiraba la acción de los máximos dirigentes mundiales cooperativos por entonces. Se decía en ella:

“Que este congreso internacional reunido en Basilea, prosiguiendo la obra de la ACI después de la más terrible de las guerras, renueva la declaración de Glasgow: que ‘la paz y la buena voluntad entre todas las naciones constituyen una condición esencial para la realización del ideal cooperativo’. El Congreso expresa la convicción de que, a pesar de la cruel decepción experimentada, la adopción general progresiva del programa cooperativo en el orden económico eliminará gradualmente las causas esenciales de las guerras. Con el objeto de lograr esa finalidad, los cooperadores de todos los países tienen el deber, no solamente de obrar de una forma sistemática en el desarrollo económico de sus sociedades, sino también el de poner en acción, en toda ocasión favorable, los factores morales de la cooperación, contra todo conflicto entre los pueblos y contra la opresión política y económica de cualquier pueblo. El congreso invita a las centrales cooperativas nacionales y a toda sociedad cooperativa, cada una en la esfera de su propia actividad y con sus propios medios, a ejercer una acción vigilante a efectos de prevenir todo conflicto político y económico entre los pueblos, y especialmente en esforzarse por propagar la idea de reducir en todas partes a lo estrictamente necesario los gastos militares, a fin de abrir un camino hacia el desarme general, completo y simultáneo por tierra, mar y aire. Recomienda, además, hacer un lugar más amplio en las escuelas a la enseñanza cooperativa y a la propagación de todos los hechos demostrativos de los desastres de la guerra y de los beneficios de la paz. Y ante la posibilidad de que la locura de los hombres provoque una nueva guerra, la ACI, sin negar el derecho de cada país a defender su independencia, pero considerando que ninguna guerra, aún defensiva, podría ser admitida para arreglar las diferencias entre naciones, tiene confianza en que los cooperadores de todos los países, aún de aquellos que se consideran víctimas de una agresión, se unirán sin temor al prejuicio patriótico y a la censura oficial, para imponer a los beligerantes la cesación del conflicto y la adopción del método del arbitraje pacífico”.

Aprobó también la continuidad de un programa de trabajo que ya venía aplicándose y que constaba de 17 puntos, de los cuales el segundo preconizaba la organización de reuniones de propaganda de la fe cooperativa en los grandes centros, tanto nacional como internacional”, en concreción del cual el Comité Central de la ACI, a propuesta del Ejecutivo, aprobó consagrar el primer sábado de julio como día especial para la propaganda del ideario cooperativo. El primer manifiesto, publicado en junio de 1923 definía el objeto de esa jornada como “una fiesta anual para celebrar y propagar la cooperación y demostrar al mundo entero la solidaridad de los cooperadores y la eficacia de sus organizaciones como medio de emancipación económica y prenda de una paz mundial”.

Ochenta y seis años después ¿es distinto el panorama general?

No me creo obligado a sustentar con ejemplos estadísticos una situación por todos conocida y padecida, caracterizada por la aceleración de la concentración de la riqueza y la marginación social a escala mundial; la despiadada lucha por el dominio de las riquezas naturales, especialmente las no renovables, entre las que desde ya bastante tiempo se encuentra incluida el agua; los efectos deletéreos de la contaminación ambiental –rubro al que la ACI dedica su declaración anual- sobre el aire que respiramos y los alimentos que consumimos; la amenaza bélica con su irracional inversión de recursos en armamentos y el patrullaje de portaviones con declarada misión humanitaria para lo que se emplean recursos que se sustraen a la satisfacción de necesidades básicas, agravado por el desarrollo de técnicas que permiten convertir potenciales alimentos en combustible. La humanidad parece encaminada hacia su propia destrucción y cuesta, en verdad, imaginar cómo pueda sustraerse a ese torbellino.

La pregunta pertinente es, entonces, ¿cómo se encuentra el cooperativismo frente a esa situación? O tal vez ¿cuál es el equipamiento moral y material con que cuenta para incidir eficazmente a fin de cambiar ese curso, supuesto que quiera cambiarlo? Si reconocemos una gran dosis de idealismo utópico en algunas de las propuestas que heredamos de quienes nos precedieron, las que, a la luz del aprendizaje histórico, adquieren matices de ingenuidad, no podemos negar que ellos estaban movidos por una acendrada convicción en la eficacia constructiva de los valores que pregonaban. ¿Estamos nosotros en condiciones de demostrar igual convicción sustentada ahora en visiones más realistas, o deberemos reconocer como Leopardó, el gran poeta italiano de la decadencia, que sólo nos quedan los arcos y las murallas pero hemos perdido la gloria?

Hay, en los movimientos sociales y políticos –y el cooperativismo encierra ambos propósitos en una gestión económica solidaria- lo que parece ser una ley sociológica que se expresa en tres etapas: una primera en que hombres y mujeres proceden movidos por una profunda convicción personal que, puesta en común, expresa una potente corriente de vida; un segundo estadio donde lo formal desplaza a lo sustancial y la corriente de vida es mutada en burocracia; y una tercera y final caracterizada por la disolución y la anarquía, que facilita, a su vez, la reiniciación del ciclo. ¿En cual de ellas nos encontramos los cooperativistas? Los del mundo, pero especialmente los argentinos.

Muchas veces me han escuchado uds. afirmar que el secreto para conservar esa locura que no aliena sino que es el motor indispensable para la vida,

descansa en la educación. Y no me refiero a la intelectual, que es bagaje que a veces sirve y a veces pesa. Me refiero a la espiritual, que incita y despierta, que enciende e impulsa. Don de los grandes maestros. De aquellos que reconocemos como los que contribuyeron a cambiar nuestras vidas. ¿Dónde están los nuestros? En esta institución que nos cobija, el IMFC, hemos tenido la suerte de contar con varios. También de todos ellos podríamos decir que su vocación transformadora de la realidad fue ingenua en comparación con la aplastante realidad de los hechos. Pero nos enseñaron a vivir; y no precisamente para acumular, sino para construir. Y en esa construcción, creo, estaban también los que nos convocaron, hace ya 86 años a propagandizar, es decir, a propagar, el fuego por lograr una humanidad plena, justa y ambientada en un medio apropiado a ese fin. Pero para eso tenemos que cultivar nuestro propio fuego (o esperar a que Prometeo nos lo regrese).

El cultivo es ejercicio, es praxis. Los cambios que apetecemos y con los que soñamos no se producen por maduración de circunstancias que estén fuera de nosotros mismos. Son el resultado de la convicción y del esfuerzo por producirlos y, sobre todo, de la paciencia y la organización para provocarlos.

La sociedad argentina, autoritaria y desarticulada, espera de los cooperadores un aporte sustancial en la reconstrucción del tejido social por medio del respeto mutuo ejercitado en forma radical, por el esfuerzo propio incrementado, si cabe; por el ejercicio de prácticas solidarias de organización de la economía a través de empresas eficientes, y por la formulación de iniciativas coherentes, viables y equitativas en la demanda de esfuerzos y en la distribución de sus resultados. Juguémonos por eso.